



Erasmus Zarzuela

Diarios, epistolarios: la quinta rueda del carro, y quizás la única que sigue girando póstumamente.

Ernest Jünger en: El autor y la escritura.



el duende

director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 tel/f. 5254855 - 5276816
e-mail: orueduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Virgilio Piñera:

El que vino a salvarme

Natación

He aprendido a nadar en seco. Resulta más ventajoso que hacerlo en el agua. NO hay el temor a hundirse pues uno ya está en el fondo, y por la misma razón se está ahogando de antemano. También se evita que tengan que pescarnos a la luz de un farol o en la claridad deslumbrante de un hermoso día. Por último, la ausencia de agua evitará que nos hinchemos.

No voy a negar que nadar en seco tiene algo de agónico. A primera vista se pensaría en los estertores de la muerte. Sin embargo, esto tiene de distinto con ella: que al par que se agoniza uno está bien vivo, bien alerta, escuchando la música que entra por la ventana y mirando el gusano que se arrastra por el suelo.

Al principio mis amigos censuraron esta decisión. Se hurtaban a mis miradas y sollozaban en los rincones. Felizmente, ya pasó la crisis. Ahora saben que me siento cómodo nadando en seco. De vez en cuando hundo mis manos en las losas de mármol y les entrego un pececillo que atrapo en las profundidades submarinas.

El infierno

Cuando somos niños, el infierno es nada más que el nombre del diablo puesto en la boca de nuestros padres. Después, esa noción se complica, y entonces nos revolcamos en el lecho, en las interminables noches de la adolescencia, tratando de apagar las llamas que nos queman - ¡las llamas de la imaginación! - Más tarde, cuando ya nos miramos en los espejos porque nuestras caras empiezan a parecerse a la del diablo, la noción del infierno se resuelve en un temor intelectual, de manera que para escapar a tanta angustia nos ponemos a describirlo. Ya en la vejez, el infierno se encuentra tan a mano que lo aceptamos como un mal necesario y hasta dejamos ver nuestra ansiedad por sufrirlo. Más tarde aún (y ahora si estamos en sus llamas), mientras nos quemamos, empezamos a entrever que acaso podríamos aclimatarnos. Pasados mil años, un diablo nos pregunta con cara de circunstancia si sufrimos todavía. Le contestamos que la parte de rutina es mucho mayor que la parte de sufrimiento. Por fin llega el día en que podríamos abandonar el infierno, pero enérgicamente rechazamos tal ofrecimiento, pues, ¿quién renuncia a una querida costumbre?

Una desnudez salvadora

Estoy durmiendo en una especie de celda. Cuatro paredes bien desnudas. La luna cuele sus rayos por el ventanillo. Como no dispongo ni de un misero jergón me veo obligado a acostarme en el suelo. Debo confesar que siento bastante frío. NO es invierno todavía, pero yo estoy desnudo y a esta altura del año la temperatura baja mucho por la madrugada.

De pronto alguien me saca de mi sueño. Medio dormido todavía veo parado frente a mí a un hombre que, como yo, también está desnudo. Me mira con ojos feroces. Veo en su mirada que me tiene por enemigo mortal. Pero esto no es lo que me causa mayor sorpresa, sino la búsqueda febril que el hombre acaba de emprender en espacio tan reducido. ¿Es que se dejó algo olvidado?

- ¿Ha perdido algo? - le pregunto.
- No contesta a mi pregunta pero me dice:
- Busco un arma con qué matarte.
- ¿Matarme? - la voz se me hiela en la garganta.
- Sí, me gustaría matarte. He entrado aquí por casualidad. Pero ya ves, no tengo un arma.
- Con las manos - le digo a pesar de mí, y miro con terror sus manos de hierro.
- No puedo matarte sino con un arma.
- Ya ves que no hay ninguna en esta celda.
- Salvas la vida - me dice con una risita protectora.
- Y también el sueño - le contesto.
- Y empiezo a roncar plácidamente.